

Palacio Nacional, una construcción viajera inamovible

Calos Fuentes, "Palacio Nacional, una construcción viajera inamovible", en *Palacio Nacional*, México, Presidencia de la República, Dirección General de Comunicación Social, 1986, s/n pág.

Hay edificios que viajan. El estilo de una civilización se mueve e impone su sello, con múltiples variaciones, a lo largo de una constelación arquitectónica. La antigüedad se desplaza con el estilo de Grecia a Italia, Sicilia, España, las Galias... El gótico es el rostro, a la vez frágil y pétreo, de la Alta Edad Media, y el barroco el de los siglos clásicos de la modernidad naciente. Hoy, del Bauhaus a Niemeyer, Pei, Philip Johnston y Ricardo Bofil, un estilo internacional contemporáneo ha llenado los espacios públicos de la Tierra, y los privados también.

Hay edificios, en cambio, que no saben viajar. Dejan que los peregrinos lleguen a ellos; son los "altos lugares", fijos e irrepetibles, de civilizaciones que crecieron y murieron gracias a su soledad. Los templos de Palenque, las pirámides de Egipto, Machu Picchu, Angkor Wat, Teotihuacán y Monte Albán no pueden originar estilos viajeros, a no ser como caricaturas superpuestas a palacios cinematográficos o residencias particulares de gusto dudoso.

El Palacio Nacional de México es, a la vez, una construcción viajera e inmóvil. Viajera porque es parte del vasto movimiento de la exploración y la conquista del Nuevo Mundo. Del Bósforo a Sicilia, a través de los pilares de Hércules y las celosías de Cádiz, la civilización mediterránea cruza el Mar Océano, celebra su carnaval y se cruza, bailando, con África en la Antillas para venir a reposar en los portales, la comida, la música de Veracruz.

Le quedan fuerzas para subir a la meseta de otra antigüedad: la mexicana. Mediodía de brumas, sol de medianoche; el Mediterráneo encuentra en el valle de México la respuesta de lo inmóvil, el volcán apagado y el *teocalli* hipnótico.

El Palacio Nacional viaja desde el mediodía europeo pero se construye sobre la altura azteca. Es el rostro de México en un edificio porque no puede vivir sin sus dos realidades: la herencia española y la herencia india. Es parte de una violencia cultural que derrumba el centro político y religioso del México antiguo; lo sepulta pero lo emplea para construirse, lo niega pero lo necesita para legitimarse.

México es una cadena de negociaciones que se convierten en una secuela de herencias. Lo que negamos termina por manifestarse y hacerse parte de nuestra vida, como el Calendario Azteca recuperado por las excavaciones del virrey Revillagigedo al nivelar la plaza en 1789, o como la Coyolxauhqui, diosa de una luna subterránea, reaparecida junto con el Templo Mayor en 1977.

El Palacio Nacional está construido con las piedras de las Casas Nuevas de Moctezuma, el emperador azteca vencido. Un palacio fue demolido para cederle el lugar a otro: las piedras, como siempre ocurre en México, son las mismas. El palacio que llegó y el palacio que ya estaba se confunden de esta manera. Del mestizaje arquitectónico nace algo que ya no es azteca y ya no es español; en el viaje hay un encuentro que nos transforma, dejamos de ser lo que estaba y dejamos de ser lo que llegó; empezamos a ser estando, algo nuevo, inédito. Éstas son para mí las líneas que leo en el rostro del Palacio Nacional.

¿Qué no han visto sus ojos desde que fue, sucesivamente, casa de Moctezuma y casa de Hernán Cortés? La vida del país ha circulado, pacífica o amotinada, frente a sus balcones. Banderas extrañas han flotado pasajeraamente desde su asta. Los ejércitos invasores se han ido: México puede ser invadido, pero no puede ser ocupado. Hay demasiada historia aquí, demasiada memoria que nadie más puede poseer. El tamaño del recuerdo es parte de nuestra libertad; ambas, independencia y memoria, recorren, habitan, animan los patios, los corredores, las salas del Palacio Nacional.

La noche de los otros voladores, que diría Ramón López Velarde, la noche del Grito, el 15 de septiembre, el Palacio Nacional es la estrella de México. Hay una especie de pausa en el destino cuando el Presidente de la República da el grito, agita la bandera y hace sonar la campana de Dolores. Esa pausa se suma, sin embargo, al destino del país. Ningún extranjero había hablado nunca desde un balcón de Palacio. Me tocó ver, en 1964, la ruptura de esta tradición. El general Charles de Gaulle, Presidente de Francia, primero se dio un "baño de muchedumbre" en el Zócalo y luego habló en español desde un balcón. Fue una manera de decirle al mundo que había llegado a México un viajero amigo, no un conquistador, y que el país sabía recibir a los amigos con un abrazo más ancho, que es el del Palacio Nacional y el Zócalo.

Yo miro esa escena desde otro balcón, menos célebre, en el Hotel Majestic, y me dije lo que ahora escribo aquí: el Palacio Nacional de México, arquitectura viajera construida sobre arquitectura hierática, ha acabado por ser no sólo un símbolo de nuestro país, sino una garantía de su vitalidad; un recuerdo pero

también una premonición, un espacio en el que somos todo lo que hemos sido pero también todo lo que podemos ser.

Como los rostros, el Palacio Nacional es una experiencia, pero sobre todo es un destino.

Javier Garciadiego, "Arquitectura política e ingeniería gubernamental: la historia del Palacio Nacional", en Krauze, Enrique *et al.*, *El Palacio Nacional. La sede del poder*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público y TELMEX, 2005, pp. 305-315 (fragmentos)

Un mexicano ilustre, hondo intelectual y político de fuste, nos hizo ver que en política la forma es fondo (Jesús Reyes Heróles). Lo mismo podría decirse de la arquitectura y el espacio: el estilo arquitectónico y el uso de los espacios públicos tienen innegables connotaciones políticas. Pensemos en la Ciudad de México. Desde que era Tenochtitlan, el mayor acopio de poder político se encuentra asentado en la misma zona. En efecto, justo donde se ubicaban el palacio de Moctezuma Xocoyotzin y el que había sido de su padre, Axayácatl, Hernán Cortés mandó erigir sendos palacetes sobre ambas construcciones, luego de que éstas habían sido prácticamente arrasadas por sus fuerzas durante la toma militar de Tenochtitlan. Seguramente había mejores locaciones o edificios menos destruidos que hubieran constituido bases más sólidas para las nuevas edificaciones. Sin embargo, Cortés quería construir precisamente sobre las ruinas de las propiedades de los gobernantes mexicas.

El mensaje político, esto es, la demostración de su poder, era más importante que cualquier conveniencia arquitectónica.

Con la misma lógica actuó la iglesia católica: allí donde se encontraba el Templo Mayor de los aztecas, los religiosos españoles buscaron construir su principal iglesia, su catedral. Y el mismo razonamiento imperó en los conquistadores y en el Estado imperial. Recuérdese que algunos años después la corona compró su enorme residencia a los descendientes de Cortés para convertirla en sede del gobierno virreinal. Por obvias razones de seguridad —la conquista era muy reciente, los españoles pocos y los indígenas muchos—, aquella construcción novohispana temprana era más una fortaleza que un palacio. Empero, luego de ser destruida por un incendio provocado durante los tumultos de 1692, su reedificación la convirtió en un palacio barroco.

[...]

Las mejoras hechas durante los últimos años del porfiriato concluyeron en la suntuosidad que alcanzó el Palacio Nacional durante los festejos organizados para conmemorar el primer centenario de la Independencia. Para su desgracia, Díaz no pudo disfrutar plenamente de aquel ya célebre edificio que en 1910 había alcanzado su máximo esplendor y al que también se le habían introducido los más novedosos avances tecnológicos de la época. El gobierno de Díaz fue derrocado por la Revolución a mediados de 1911; así, puede decirse que las celebraciones del centenario de la Independencia fueron “el canto del cisne” de don Porfirio y el final de la *belle époque* de la política mexicana, durante la cual se disfrutó la prolongada estabilidad y crecimiento

económico, producto de la alianza entre oligarcas nacionales e inversionistas extranjeros, presididos todos por aquel dictador útil y bueno, según lo definieron sus partidarios.

Los presidentes revolucionarios enfrentaron el problema de que, al carecer de un domicilio propio en la Ciudad de México, habrían tenido que ordenar muchas reformas para que el Palacio Nacional volviera a funcionar, también, como residencia presidencial. Por ello, a pesar de ser presidentes revolucionarios de un país republicano, optaron por habitar en el Castillo de Chapultepec (entre Francisco I. Madero y Abelardo Rodríguez, el único que habitó en otro lugar fue Venustiano Carranza). Así, el Palacio Nacional continuó reducido a albergar oficinas íntimamente relacionadas con las funciones presidenciales.

Sería un grave error suponer que a partir de entonces el edificio perdía su carácter emblemático como sitio donde se concentraba el poder político en la historia nacional. Recuérdese, para empezar, que el cuartelazo contrarrevolucionario de febrero de 1913 comenzó con un fallido asalto al Palacio y culminó con el cautiverio del propio presidente Madero en algunas de sus habitaciones, que de oficinas se convirtieron en cárcel.

La violencia revolucionaria afectó negativamente la estabilidad política y la economía nacionales. Por ejemplo, después de Madero pasaron por el Palacio, en menos de cuatro años, cinco presidentes (Victoriano Huerta, Venustiano Carranza, Eulalio Gutiérrez, Roque González Garza, Francisco Lagos Cházaro y, otra vez, Carranza). Por otra parte, la reconstrucción nacional pudo iniciarse

luego de la segunda mitad de los años veinte. En esas circunstancias el Palacio Nacional tomó las siguientes características: por un lado, se convirtió en edificio dominado por las oficinas presidenciales y de la Secretaría de Hacienda, ministerio encargado de la recuperación económica; además, sería un edificio, como todas las principales locaciones gubernamentales, que reflejaría la nueva filosofía social, histórica (además de los murales, durante esos años se enriqueció el Palacio con la instalación, en el centro de su fachada, de la campana que había tañido Miguel Hidalgo el 16 de septiembre de 1810, cuando siendo cura de Dolores llamó a sus feligreses a misa y a iniciar la lucha independentista) y estética prevaleciente en el país después de la Revolución, definida por José Vasconcelos y plasmada, sobre todo, por los principales muralistas, especialmente Diego Rivera en el caso del Palacio Nacional.

También se dio un cambio sustantivo en el contexto inmediato del edificio. Hasta ese mismo decenio, la Plaza Mayor, o de la Constitución, era todavía muy pueblerina. Se le llamaba "el Zócalo" desde que a mediados del siglo XIX el presidente Antonio López de Santa Anna había pretendido erigir allí un gran monumento que celebrara nuestra independencia. Si bien la gran columna no pudo construirse, cuando menos quedó el zócalo que serviría de base. Además de dicho basamento, la plaza contaba con árboles, paseos, un quiosco y una estación de transporte urbano. Fue a finales de los años veinte del siglo pasado cuando se decidió despejar la plaza con un claro mensaje de modernidad, pues se quitaba a la inminente metrópoli todo vestigio pueblerino. De otra parte, se convirtió en una plaza acorde con las expresiones políticas de su tiempo: con la

organización de las masas campesinas y obreras alcanzada durante el sexenio del presidente Lázaro Cárdenas, el Zócalo descubierto podía ser usado para las manifestaciones corporativas de los trabajadores.

Durante el sexenio de Lázaro Cárdenas se dio otro gran cambio en lo referente a las instalaciones presidenciales. Consciente de que el presidente de un país revolucionario no debía vivir en un palacio, así fuera el Nacional, ni en un castillo, como el de Chapultepec, Cárdenas mandó construir una residencia presidencial en el predio conocido como Los Pinos (el general Lázaro Cárdenas le puso el nombre de Los Pinos en cumplimiento de una promesa que había hecho a la familia Espinosa, misma que tenía en Tacámbaro un lugar de recreo llamado Los Pinos. Dicha promesa consistía en que cuando Cárdenas tuviera una casa le pondría ese nombre, por haber conocido ahí a Amalia, su esposa), en el límite con Las Lomas, la zona de mayor desarrollo urbano de la ciudad. Así, el Presidente tendría un domicilio civil al tiempo que mantendría las tradicionales instalaciones presidenciales para laborar, si bien perdura la impresión de que Cárdenas gobernó más bien desde el balcón central del Palacio, dominando un secularizado y corporativista Zócalo, antes que en las oficinas interiores del edificio.

A partir de entonces, y durante muchos años, Los Pinos se mantuvo como lugar de residencia, mientras que el Palacio Nacional siguió alojando las oficinas presidenciales. Sin embargo, conforme se complicaba el tránsito vehicular, Los Pinos se fue convirtiendo en una oficina presidencial alterna. La lejanía con relación a los otros poderes y principales dependencias gubernamentales, el aislamiento y la reaparición de una percepción corpórea

del poder en la que el Presidente hace un uso simbiótico del mismo, sin la distinción republicana entre vida privada y vida pública, permiten afirmar que dichos años corresponden al periodo histórico dominado por el presidencialismo mexicano.

Más que los problemas en el tránsito vehicular, la proliferación de inconformes por razones políticas, sociales o económicas en el Zócalo provocó que los presidentes prefirieran trabajar en Los Pinos. Así, el Palacio Nacional se convirtió en un edificio, por lo que se refiere al Presidente, utilizado para responsabilidades protocolarias. Con el decaimiento del México autoritario y corporativo, incluso las manifestaciones del 1º de mayo, por el Día del Trabajo, y del 20 de noviembre, aniversario de la Revolución, han perdido lustre.

Hoy, el Palacio Nacional se ha convertido en un edificio constreñido. En efecto, desde que el proceso de la transición a la democracia permitió que el gobernante de la Ciudad de México fuera electo, y dado que desde entonces el ganador ha sido miembro de un partido contrario al del Presidente de la República, lo cierto es que ahora la Plaza de la Constitución, el llamado Zócalo, separa a los dos principales gobernantes del país, uno en el Palacio Nacional y el otro en el Palacio de Gobierno del Distrito Federal (este edificio corresponde al del Ayuntamiento, reconstruido a lo largo del siglo XVIII, luego de haber sido destruido en el motín de 1692, y remozado durante el porfiriato).

¿Cuál será el futuro de Palacio Nacional? Considerado éste con su entorno inmediato, se puede asegurar que seguirá siendo el espacio donde se concentre el mayor poder político del país, aunque ahora repartido en dos

personajes: el Jefe de Gobierno de la Ciudad de México y el Presidente de la República.